

El libro de Joel y la Iglesia Adventista del Séptimo Día laodicense - Número treinta y nueve

Jeff Pippenger
2026-02-02

Número treinta y nueve

La prueba interna omega de coronación, que sigue a la prueba externa alfa de fundamento de 2024, requiere una definición del «alfolí» y del «alimento» que se guarda en el alfolí. La prueba es profética y tiene una línea de verdad interna y otra externa. ¿Son las joyas el remanente de James White, o son las verdades de la Palabra de Dios? Ambas cosas.

En el 11 de septiembre, el pueblo de Dios fue llamado a comer el librito y a volver a las sendas antiguas de Jeremías, donde entonces se echaron los cimientos. En el 11 de septiembre se vio que, cuando a Juan, en Apocalipsis, capítulo once, se le ordenó medir, se le indicó medir dos cosas. Se le dijo que midiera tanto el templo como a los adoradores que en él estaban. Se le dijo que dejara aparte el atrio de los 1.260 años de los gentiles hollando el santuario y la hueste. El santuario y la hueste son el templo y los adoradores que están en él.

En 2023, el mismo ángel que había descendido en 9/11 volvió a descender, desellando el mensaje del Clamor de Medianoche, y luego, en 2024, tuvo lugar la prueba fundacional externa de si el símbolo de Roma todavía confirma la visión como lo había hecho para los milleritas.

Las «ventanas abiertas» del cielo identifican la llegada de la prueba omega interna del templo y el llamamiento a «volver». La prueba requiere identificar dos símbolos. Cuando el tercer ángel llegó en 1844, y luego nuevamente en 9/11, a Juan se le ordena medir el templo y a los adoradores que hay en él, identificando así una obra profética de medición del templo y de los adoradores en 2023. Malaquías plantea la cuestión de qué es el «alfolí» y qué es el «alimento». Estas mismas preguntas, en el sueño de Miller, serían: ¿qué es «el cofre» y qué son «las joyas»?

El sueño de Miller identifica las ventanas abiertas de los cielos como el lugar donde la iglesia triunfante, en Apocalipsis diecinueve, es levantada, ataviada de lino blanco, para cabalgar sobre los caballos blancos del ejército del Señor de los ejércitos. Las ventanas abiertas son el lugar donde se derrama la bendición o la maldición de Malaquías. La ventana abierta de Miller es donde se quita la basura y las joyas son recogidas en el cofre.

La primera referencia a las ventanas de los cielos se halla en la historia de Noé, y cuando esas ventanas fueron abiertas, llovió durante cuarenta días y cuarenta noches. Cuando se abren las ventanas, hay ocho almas en el arca. El bautismo en el Mar Rojo dio inicio a cuarenta años de peregrinación hasta que fue cruzado el Jordán. Cuando Cristo fue bautizado más tarde en ese mismo lugar, Él fue conducido al desierto durante cuarenta días. Cuando Él resucitó, como fue tipificado por Su bautismo, enseñó a los discípulos durante cuarenta días antes de ascender al cielo.

Cuando la Iglesia pase de la Iglesia militante a la Iglesia triunfante, el rey David, de treinta años, reinará durante cuarenta años. La Iglesia triunfante está representada por un profeta, un sacerdote y un rey. El profeta que tenía treinta años cuando comenzó su ministerio de veintidós años fue Ezequiel, y comenzó ese ministerio cuando los cielos fueron abiertos.

Aconteció en el trigésimo año, en el cuarto mes, a los cinco días del mes, que estando yo entre los cautivos junto al río Chebar, los cielos fueron abiertos, y vi visiones de Dios. Ezequiel 1:1.

A los treinta años, José comenzó a reinar como sacerdote y se enfrentó al viento oriental del Islam, que traía una crisis creciente que permitió a Egipto, el dragón que yace en el mar, implantar un único gobierno mundial. En aquella crisis José acopió la carne en los almacenes.

En julio de 2023, se oyó una voz en el desierto; luego el León de la tribu de Judá comenzó a desellar el mensaje del Clamor de Medianoche. En 2024, la prueba alfa externa y fundacional produjo la separación en dos clases, y el proceso de desellamiento continuó. Ahora, en 2026, ha llegado la prueba omega interna del templo, que una vez más separará en dos clases.

La semana sagrada en la que Cristo, como el Mensajero del Pacto, confirmó el pacto con muchos es el Atrio y el Lugar Santo. Del 22 de octubre de 1844 hasta que Miguel se ponga en pie (como Él lo hizo al final de aquella semana sagrada cuando Esteban fue apedreado) es el Lugar Santísimo. Las fiestas de primavera se cumplieron en la semana sagrada y son el alfa de las fiestas, y las fiestas de otoño —la Fiesta de las Trompetas en el primer día, el Día de la Expiación en el décimo día, y luego la Fiesta de los Tabernáculos del día quince al veintidós— son el omega de las fiestas.

De igual manera, los tipos que se refieren al segundo advenimiento han de cumplirse en el tiempo señalado en el servicio simbólico. Bajo el sistema mosaico, la purificación del santuario, o el gran Día de Expiación, ocurría en el día décimo del séptimo mes judío (Levítico 16:29-34), cuando el sumo sacerdote, habiendo hecho expiación por todo Israel y así quitado sus pecados del santuario, salía y bendecía al pueblo. Así se creía que Cristo, nuestro gran Sumo Sacerdote, aparecería para purificar la tierra mediante la destrucción del pecado y de los pecadores, y para bendecir a Su pueblo que le esperaba con la inmortalidad. El día décimo del séptimo mes, el gran Día de Expiación, el tiempo de la purificación del santuario, que en el año 1844 cayó en el veintidós de octubre, fue considerado como el tiempo de la venida del Señor. Esto estaba en armonía con las pruebas ya presentadas de que los 2300 días terminarían en el otoño, y la conclusión parecía irresistible.

En la parábola de Mateo 25, al tiempo de espera y de sueño le sigue la venida del esposo. Esto estaba conforme a los argumentos recién presentados, tanto de la profecía como de los tipos. Estos infundían una fuerte convicción de su veracidad; y el “clamor de medianoche” fue proclamado por miles de creyentes.

Como una marejada, el movimiento barrió la tierra. De ciudad en ciudad, de aldea en aldea, y hasta los parajes campestres más remotos, se extendió, hasta que el pueblo expectante de Dios quedó plenamente despertado. El fanatismo desapareció ante esta proclamación como la escarcha temprana ante el sol naciente. Los creyentes vieron disipadas la duda y la perplejidad, y la esperanza y el valor animaron sus corazones. La obra estaba libre de aquellos extremos

que siempre se manifiestan cuando hay exaltación humana sin la influencia rectora de la Palabra y del Espíritu de Dios. En su carácter se asemejaba a aquellos tiempos de humillación y de retorno al Señor que, en el antiguo Israel, seguían a los mensajes de reprensión de sus siervos. Llevaba las características que marcan la obra de Dios en todas las épocas. Hubo poco gozo extático, sino más bien profundo examen del corazón, confesión de pecado y renuncia al mundo. La preparación para encontrarse con el Señor era la carga de espíritus en agonía. Hubo oración perseverante y consagración sin reservas a Dios. El conflicto de los siglos, 400.

Las fiestas de primavera se cumplieron en la semana sagrada, y la lluvia temprana o alfa fue entonces derramada en Pentecostés, tipificando así el derramamiento de la lluvia tardía en las fiestas de otoño. Esas fiestas de primavera se hallan en Levítico 23, versículos del uno al veintidós. Las fiestas de otoño están en los versículos del 23 al 44. 2300 años conducen a 1844. Veintidós versículos para las fiestas de primavera y veintidós versículos para las fiestas de otoño. Dos conjuntos de veintidós en el capítulo veintitrés.

La fiesta de las trompetas era una advertencia de que el juicio tendría lugar en diez días, y la fiesta de los tabernáculos era una celebración de gozo por los pecados que fueron perdonados en el Día de la Expiación. El día de reposo y el octavo día después de la fiesta representan el reposo sabático milenar de la tierra.

Mas, amados, no ignoréis esto: que para con el Señor un día es como mil años, y mil años como un día. 2 Pedro 3:8.

El primer ángel anunció la apertura del juicio, y en ese nivel profético, 1798, que fue el “tiempo del fin” de Daniel, constituye el cumplimiento de la fiesta de las trompetas; pero el 11 de agosto de 1840, el mensaje desellado del primer ángel de 1798 recibió poder mediante el cumplimiento de la profecía del segundo ay. El islam forma parte de la advertencia de la fiesta de las trompetas, la cual anuncia la proximidad del día del juicio.

Para quienes están dispuestos a ver, las fiestas otoñales de las trompetas y de los tabernáculos representan las fiestas alfa y omega, con el juicio en medio. No es un accidente que estas fiestas estén identificadas en Levítico veintitrés. Veintitrés es el símbolo de la expiación. No es un accidente que la primera fiesta sea en el primer día del séptimo mes y que la última fiesta concluya el día veintidós. La fiesta de las trompetas es la primera letra del alfabeto hebreo, el Día de la Expiación es la letra central y la fiesta de los tabernáculos es la vigésima segunda letra del alfabeto hebreo.

El capítulo veintitrés de Levítico, versículos 23 al 44, consta de veintidós versículos insertos en el «marco de la verdad». El décimo día, en el centro, identifica una prueba, pues el diez es un símbolo de prueba; y el Día de la Expiación es donde la rebelión de los perdidos queda registrada y resuelta, rebelión que está representada por la decimotercera letra del alfabeto hebreo. La letra central de la palabra hebrea «verdad» es la decimotercera, y se alinea con el décimo día del séptimo mes y, como hito, posee los atributos proféticos del alfabeto hebreo y del día específico. Diez más trece es veintitrés. Setenta es el resultado de 10 por 7, y el décimo día del séptimo mes también equivale a setenta, que es un símbolo del fin del período de probación.

Entonces vino Pedro a él y le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará contra mí mi hermano y yo lo perdonaré? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo: Hasta siete veces, sino: Hasta setenta veces siete. Mateo 18:21, 22.

Cuatrocientos noventa años fueron cortados para el antiguo Israel. Esos años fueron cortados de los dos mil trescientos años y fueron representados como setenta semanas, de modo que Jesús identificó que el límite del tiempo probatorio es de cuatrocientos noventa años, lo cual está representado por "setenta" semanas en Daniel nueve.

Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para acabar con la transgresión, para poner fin a los pecados, para expiar la iniquidad, para traer la justicia eterna, para sellar la visión y la profecía, y para ungir al Santísimo. Daniel 9:24.

La palabra hebrea traducida como "cortado" solo se usa en este versículo en el Antiguo Testamento, y significa "determinado o decretado". Es distinta de la palabra normalmente empleada que se traduce como "cortado", la cual se basa en que Abram cortó las ofrendas en el primer paso del pacto en Génesis quince. Fue "determinado" y "decretado" que Israel tendría cuatrocientos noventa años de tiempo probatorio, y luego serían cortados como pueblo del pacto de Dios. Dos "cortes" distintos; uno que representa el período como un período probatorio que fue "cortado" de una cifra mayor mediante el número setenta, y cuando el "vino nuevo" de Joel es "cortado" de sus bocas, se cierra el tiempo probatorio. Setenta representa el cierre del tiempo probatorio.

Las fiestas de otoño poseen los tres pasos de la palabra hebrea «verdad». Las fiestas de otoño comienzan en Levítico 23:23, el hito intermedio del Día de la Expiación está marcado por el décimo día y la decimotercera letra, lo que equivale a 23, y la fiesta de los Tabernáculos concluye el día veintidós, y luego sigue a la fiesta un sábado de gran solemnidad, y el pasaje concluye en 23:44.

Levítico significa el sacerdocio levítico. Las festividades primaverales están representadas en el capítulo 23:1-22, luego las festividades otoñales están representadas en 23:23-44. Las festividades primaverales están representadas por veintidós versículos, y el alfabeto hebreo tiene veintidós letras. Las festividades otoñales también se exponen en veintidós versículos. La fiesta de las Trompetas anuncia la proximidad del juicio en el Día de la Expiación. Luego, la fiesta de los Tabernáculos dura siete días y termina el día veintidós del séptimo mes. El primero de los siete días era un sábado ceremonial, como también lo era el octavo día, que era el día posterior a la fiesta de siete días. El primer y el octavo día hacen del octavo día un símbolo del octavo que es de los siete.

Habla a los hijos de Israel, y diles: A los quince días de este mes séptimo será la fiesta de los Tabernáculos al Señor por siete días. En el primer día habrá santa convocación: no haréis en él obra servil. Siete días ofreceréis ofrenda encendida al Señor; el octavo día será para vosotros santa convocación, y ofreceréis ofrenda encendida al Señor: es asamblea solemne; y no haréis en él obra servil. ... También a los quince días del mes séptimo, cuando hayáis recogido el fruto de la tierra, celebraréis fiesta al Señor por siete días; el primer día será día de reposo, y el

octavo día será día de reposo. Levítico 23:34-36, 39.

El sábado ceremonial del octavo día representa el sábado del milenio, el cual sigue a la fiesta de los Tabernáculos. La peregrinación del antiguo Israel en el desierto durante cuarenta años se conmemora mediante el habitar en cabañas durante los días de la fiesta de los Tabernáculos, y representa no solo el derramamiento de la lluvia tardía, sino también el tiempo de angustia de Jacob, cuando los ángeles han conducido a los fieles de Dios a las colinas y a las montañas para su protección.

En el tiempo de angustia, todos huimos de las ciudades y aldeas, pero fuimos perseguidos por los impíos, que entraron en las casas de los santos con la espada. Alzaron la espada para matarnos, pero se quebró, y cayó, sin fuerza alguna, como paja. Entonces todos clamamos día y noche por liberación, y el clamor subió delante de Dios. Salió el sol, y la luna se detuvo. Los arroyos dejaron de correr. Se alzaron nubes oscuras y pesadas, y chocaron entre sí. Pero había un claro de gloria estable, de donde venía la voz de Dios, como muchas aguas, que sacudía los cielos y la tierra. El cielo se abría y se cerraba, y estaba en conmoción. Los montes se sacudían como una caña al viento, y arrojaban por doquier rocas dentadas. El mar hervía como una olla, y arrojaba piedras sobre la tierra. Y mientras Dios pronunciaba el día y la hora de la venida de Jesús, y entregaba el pacto eterno a su pueblo, pronunciaba una sentencia, y luego hacía una pausa, mientras las palabras recorrían la tierra. El Israel de Dios estaba en pie con los ojos fijos en lo alto, escuchando las palabras según salían de la boca de Jehová y recorrían la tierra como estampidos de los truenos más potentes. Era terriblemente solemne. Al final de cada sentencia, los santos exclamaban: ¡Gloria! ¡Aleluya! Sus semblantes se iluminaron con la gloria de Dios; y resplandecían con la gloria como resplandeció el rostro de Moisés cuando descendió del Sinaí. Los impíos no podían mirarlos a causa de la gloria. Y cuando se pronunció la bendición interminable sobre los que habían honrado a Dios, guardando su santo Sábado, se oyó un poderoso clamor de victoria sobre la Bestia y sobre su Imagen.

"Entonces comenzó el jubileo, cuando la tierra debía reposar." Review and Herald, 21 de julio de 1851.

Jesús regresa y la tierra descansa durante mil años, como lo prefiguran el año sabático de la tierra y el jubileo. En el versículo tres de Levítico veintitrés, se identifica el sábado del séptimo día para el hombre como la introducción del capítulo que concluye con el octavo, esto es, de los siete, y este representa el año sabático para el reposo de la tierra.

Y habló el Señor a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: En cuanto a las fiestas del Señor, que proclamaréis como santas convocaciones, éstas son mis fiestas. Seis días se trabajará; pero el séptimo día es día de reposo, santa convocación; no haréis obra alguna; es el día de reposo del Señor en todas vuestras moradas. Levítico 23:1-3.

El alfa del capítulo veintitrés es el sábado del séptimo día, y el omega del capítulo son los mil años de la tierra desolada, los cuales han sido tipificados por el año sabático de la tierra y el jubileo. El alfa del capítulo consiste en las fiestas de primavera, que comienzan con el sábado del séptimo día y terminan en el versículo veintidós; mientras que el omega del capítulo concluye el día veintidós del mes séptimo, tras el cual sigue el sábado ceremonial del octavo día, que representa el año

sabático de la tierra.

Los versículos del uno al veintidós representan la obra de Cristo como Sumo Sacerdote celestial en el Lugar Santo; los versículos del veintitrés al cuarenta y cuatro representan Su obra en el Lugar Santísimo. Levítico es un símbolo de los sacerdotes y representa el ministerio sumo sacerdotal de Cristo. El sábado alfa del séptimo día se remonta a la creación, y el sábado omega del séptimo año se extiende hasta la Tierra hecha nueva. Levítico veintitrés abarca históricamente desde la creación hasta la re-creación.

El gozo o la vergüenza del mensaje profético es un símbolo de quienes poseen el mensaje del Clamor de Medianoche o una falsificación. Hasta que esta verdad no se integre en la narrativa, se pasa por alto el asunto que produce la vergüenza. Quienes poseen el aceite genuino no pasarán por alto este punto. El gozo está representado por aquellos a quienes se les han quitado los pecados, y estos son presentados por quienes celebran la fiesta de los Tabernáculos.

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros, (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre,) lleno de gracia y de verdad. Juan 1:14.

La palabra griega traducida como «habitó» significa «poner su tabernáculo». Jesús se hizo carne y puso su tabernáculo con nosotros. Asumió nuestra naturaleza humana, nuestro tabernáculo, nuestra tienda, nuestra enramada, nuestra carne. Pedro lo dijo de esta manera:

Y tengo por justo, mientras esté en este tabernáculo, despertaros recordándoos; sabiendo que en breve debo despojarme de este mi tabernáculo, tal como nuestro Señor Jesucristo me lo ha mostrado. 2 Pedro 1:13, 14.

Pablo lo dijo de este modo:

Porque sabemos que, si nuestra morada terrenal, este tabernáculo, se deshiciera, tenemos un edificio de Dios, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. Porque en esto gemimos, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra morada que es del cielo; si es que, al ser revestidos, no seamos hallados desnudos. Porque los que estamos en este tabernáculo gemimos, abrumados; no porque queramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. 2 Corintios 5:1-4.

La Fiesta de los Tabernáculos es simbólica del sellamiento de los ciento cuarenta y cuatro mil, el cual se lleva a cabo cuando se abren las ventanas de los cielos. Cuando los pecados de los ciento cuarenta y cuatro mil son quitados, el Espíritu Santo será derramado sin medida sobre la iglesia triunfante. El juicio queda concluido para los ciento cuarenta y cuatro mil, y los que son sellados salen a proclamar el fuerte clamor del tercer ángel bajo el poder del Espíritu Santo, como se representa en la Fiesta de los Tabernáculos.

Nuestro cuerpo es un templo y una tienda, esto es, un tabernáculo. Los que acudían a Jerusalén para celebrar la Fiesta de los Tabernáculos celebraban que sus pecados habían sido borrados. Moisés fue instrumento para levantar el tabernáculo en el desierto, y la Fiesta de los Tabernáculos, al final, se celebraba habitando en cabañas en el desierto, porque Jesús siempre ilustra el fin con el principio.

Por tanto, santos hermanos, partícipes del llamamiento celestial, considerad al Apóstol y Sumo Sacerdote de nuestra confesión, Cristo Jesús; el cual fue fiel al que le constituyó, como también Moisés lo fue en toda su casa. Porque este ha sido estimado digno de mayor gloria que Moisés, por cuanto el que edificó la casa tiene más honra que la casa. Porque toda casa es edificada por alguno; pero el que edificó todas las cosas es Dios. Y Moisés, a la verdad, fue fiel en toda su casa, como siervo, para testimonio de las cosas que habían de ser dichas después; pero Cristo, como Hijo, sobre su propia casa; de cuya casa somos nosotros, si retenemos firme hasta el fin la confianza y el regocijo de la esperanza. Hebreos 3:1-6.

Moisés fue el siervo fiel que Dios utilizó para erigir el tabernáculo-templo, pero Cristo, como Sumo Sacerdote y Apóstol, tiene mayor honra que el siervo Moisés. Todas las casas, desde el tabernáculo-templo de Moisés, el templo de Salomón y el templo de Herodes, remodelado durante cuarenta y seis años, hasta el templo humano con sus 46 cromosomas y el templo millerita de 1798 a 1844, fueron edificadas por Dios. En la línea profética de las diversas manifestaciones de templos, que habría de comenzar en el Huerto del Edén, luego, después del pecado, a la puerta del Huerto, y después del diluvio, en altares hasta llegar a Moisés; los tres hitos principales son Moisés, Cristo y los ciento cuarenta y cuatro mil.

Moisés y Cristo representan el Alfa y la Omega del antiguo Israel, y juntos representan la combinación de la humanidad y la Divinidad, lo cual también está representado por los ciento cuarenta y cuatro mil. A la llegada del tercer ángel, en el capítulo once de Apocalipsis, a Juan se le dice que mida el templo, y a la llegada de ese mismo ángel el 9/11, se le dice que mida de nuevo el templo. En ambos casos se le dice que deje fuera el atrio de los 1.260 días. En 2023 llegó el mismo ángel, y ahora se llama al pueblo de Dios a medir el templo. Los 1.260 días, o tres días y medio, terminaron en 2023, y desde ese punto hasta poco antes de la ley dominical el templo ha de ser levantado. 2024 marcó la colocación de los cimientos, y en él se manifestó la rebelión como un grupo que “despreció el día de las pequeñeces”, protestando la identificación de Miller del símbolo que establece la visión.

Además, vino a mí palabra del Señor, diciendo: Las manos de Zorobabel han echado el cimiento de esta casa; sus manos también la acabarán; y sabrás que el Señor de los ejércitos me ha enviado a vosotros. Porque ¿quién ha menospreciado el día de las pequeñeces? Porque se alegrarán, y verán la plomada en la mano de Zorobabel con aquellos siete; estos son los ojos del Señor, que recorren de un lado a otro por toda la tierra. Zacarías 4:8-10.

Rechazar la identificación de Miller según la cual es Roma la que establece la visión equivale a rechazar los fundamentos, y es “menospreciar el día de las cosas pequeñas”. El movimiento millerita fue el movimiento alfa del primer y del segundo ángel, y el movimiento de los ciento cuarenta y cuatro mil es el movimiento omega del tercer ángel. Es veintidós veces más poderoso que el alfa. En este sentido profético, los fundamentos del movimiento millerita son “el día de las cosas pequeñas”. Menospreciar cualquier verdad fundamental representada en las dos tablas de Habacuc es morir, pues la visión que se establece en el versículo catorce de Daniel once es la misma visión que identificó Salomón.

Donde no hay visión, el pueblo perece; pero el que guarda la ley, bienaventurado es.
Proverbios 29:18.

La visión de la piedra de remate es maravillosa, pues identifica que la piedra angular fundacional es también la piedra de remate, pero con veintidós veces más poder. La prueba alfa fundacional de 2024 fue el mensaje de sellamiento intelectual externo, y la prueba omega del templo de 2026 es el mensaje de sellamiento espiritual interno. Una identifica la imagen y la marca de la bestia, y la otra la imagen y la marca de Dios. Esa prueba interna omega está representada por los dos símbolos del sueño de Miller, que deben definirse en el contexto de los acontecimientos de los postreros días. ¿Qué es el alfolí? ¿Y qué es el alimento?

Continuaremos con estos temas en el próximo artículo.

Un matrimonio judío en tiempos de Jesús se desarrollaba en tres etapas principales, a menudo repartidas a lo largo de meses o de un año. El primer paso era el matrimonio jurídico, llamado el desposorio, momento en el cual el matrimonio quedaba jurídicamente establecido, pero los esposos permanecían separados, mientras el esposo regresaba a la casa de su padre para preparar un lugar para su esposa. Por eso María, la esposa de José, era llamada su esposa, aun antes de que vivieran juntos. La infidelidad en este período de tiempo se consideraba adulterio.

El período de espera era incierto y podía ser de días, semanas o meses. La incertidumbre es un elemento esencial de la parábola. El padre podía esperar hasta un año para confirmar el celibato de la novia. El novio no anunciaba el día ni la hora exactos de su regreso, pues correspondía a su padre decidir cuándo, de modo que la novia sabía que las nupcias se acercaban, pero no cuándo. Esta incertidumbre era intencional, y hasta que el padre ordenara al novio que fuera a buscar a su novia, todo lo implicado quedaba en suspenso.

Cuando el padre decía: «Ve y trae a tu novia», el novio venía de noche, con amigos, gritando y haciendo sonar una trompeta. Siempre tenía lugar de noche para evitar viajar largas distancias bajo el calor del día, que puede ser sofocante en la tierra de Israel. Se requerían antorchas y aceite, pues no había alumbrado público, y la procesión podía durar horas. La expresión ritual propiamente dicha en los matrimonios hebreos antiguos que se proclamaba durante las procesiones era: «¡He aquí, el esposo viene!».

Las vírgenes (damas de honor) de la parábola no eran mujeres cualesquiera; eran las acompañantes de la novia, que aguardaban con ella, se esperaba que se unieran a la procesión, y eran responsables de estar preparadas a cualquier hora y de llevar su propio aceite para iluminar el camino hasta la casa del esposo. Las antorchas se consumían con rapidez, por lo cual era necesario llevar aceite de reserva, en caso de un trayecto largo. No había un compartir comunitario del aceite.

La demora es normal en la procesión nupcial y el matrimonio en la antigüedad y no constituía un problema cultural. Se esperaban retrasos, y era normal quedarse dormidos. La distinción no está en el dormir, sino en la preparación, no en la vigilia. Las vírgenes insensatas no se prepararon para una demora como sí lo hicieron las prudentes. Todos solían dormir durante el período que media entre el desposorio legal y la consumación, el cual puede durar un año.

Llegada la procesión a la casa del novio, comenzaba el banquete de bodas; la puerta se cerraba definitivamente y no se admitía a los rezagados. Esto no era crueldad: era costumbre, pues quien llamaba después de cerrada la puerta indicaba que no formaba parte de la procesión.

Jesús no estaba inventando imaginaria, y Él no ofreció ninguna explicación de esta parábola, como solía hacerlo. Él no necesitaba ofrecer explicación alguna, pues todos estos detalles culturales eran plenamente comprendidos por Su auditorio. Jesús estaba identificando un matrimonio oriental literal, no una abstracción.

Los detalles están plenamente corroborados por el testimonio hebreo, así como por los historiadores de los períodos romano y griego.

La Mishná (del siglo II d. C., pero que preserva costumbres de la época del Templo anteriores al 70 d. C.)

El Talmud (compilación posterior, si bien cita una práctica anterior)

Josefo (historiador judío del siglo I)

Liturgia matrimonial rabínica y discusiones jurídicas rabínicas

Observadores grecorromanos de Judea

Josefo no ofrece un «manual nupcial» sistemático, pero los detalles jurídicos y culturales que presupone se ajustan exactamente a las descripciones de la Mishná y el Talmud. La Mishná es la fuente principal.

La parábola impactaba con tanta fuerza a un oyente judío del siglo I, pues nada en Mateo 25 necesitaba explicación. La llegada a medianoche era normal, las lámparas y el aceite eran necesidades evidentes, se daba por supuesto un intervalo entre el desposorio legal y la procesión de medianoche, y la puerta cerrada era el procedimiento habitual. Las vírgenes que fueron excluidas quedaron avergonzadas y, para el auditorio judío de la época de Jesús, la vergüenza de la virgen insensata estaba absolutamente merecida. Con pleno conocimiento del ritual, el auditorio de Jesús no tendría ninguna simpatía por las vírgenes insensatas, porque todos sabían que la preparación era una responsabilidad absoluta de cualquier virgen a la que se le pidiese estar en la procesión. Estas verdades eran tan obvias para el auditorio judío que Jesús nunca necesitó dar explicación alguna de la parábola.